DaBaR

Ciclo A

nº 15

8 de febrero de 2026

5º Domingo Ordinario

Año LII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.

Índice

Primera Página
Exégesis
Notas para la Homilía
Para la oración
La misa de hoy
Cantos
Dios habla

Primera Página

Sal y luz

El Evangelio de este domingo 8 de febrero nos recuerda quiénes somos y qué estamos llamados a vivir. Jesús mira a sus discípulos —y hoy también a nosotros— y les dice: "Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo". No es una exigencia, es una identidad. Jesús nos recuerda quiénes somos para Él y su misión.

La sal actúa en silencio. No se ve, no busca protagonismo, pero transforma lo que toca. Basta una pequeña cantidad para dar sabor a toda una comida. Así es la fe vivida con autenticidad: no necesita grandes discursos, sino coherencia, cercanía y entrega diaria. Cuando la sal se vuelve sosa, pierde su razón de ser. Del mismo modo, cuando la fe se separa de la vida concreta, cuando deja de traducirse en amor, justicia y misericordia, corre el riesgo de volverse estéril. Jesús nos invita a no conformarnos con una fe superficial, sino a una fe que se "gaste" por los demás.

La imagen de la luz amplía este mensaje. La luz no se enciende para esconderse, sino para iluminar. Una ciudad en lo alto del monte no puede ocultarse, y una lámpara se coloca en lo alto para que alumbre a todos. Jesús nos anima a no apagar la luz que Él mismo ha encendido en nuestro interior. Muchas veces la escondemos por miedo, por cansancio, por no complicarnos la vida o por temor al qué dirán. Sin embargo, el mundo necesita esa luz humilde que nace de las buenas obras, de una vida vivida desde el Evangelio.

Y es que esa luz no es para nuestra gloria. No se trata de destacar, sino de transparentar a Dios; no de brillar nosotros, sino de reflejar su amor. Allí donde vivimos, trabajamos y nos relacionamos, estamos llamados a ser signos de su presencia.

Son muchas las personas que viven así:

Los padres que sacan adelante a sus hijos y les enseñan a amar con el ejemplo.

Los abuelos que transmiten la fe con su actitud.

Los maestros que educan con paciencia incluso en contextos difíciles.

Los profesionales de cualquier trabajo que hacen su trabajo con humanidad, especialmente cuando nadie los ve.

Los que acompañan a un enfermo, a un anciano o a una persona sola, regalando tiempo y presencia.

Los jóvenes que se atreven a vivir con valores en medio de un mundo que, a veces, los ridiculiza.

Quienes defienden la dignidad de los más vulnerables, aun cuando eso les cueste incomprensión o críticas.

Quienes apuestan por la honestidad en su trabajo, rechazando la mentira y la corrupción.

Quienes perdonan cuando sería más fácil guardar rencor.

Quienes escuchan con el corazón abierto, sin juzgar.

Quienes rezan en silencio por los demás, sosteniendo al mundo desde lo escondido.

Quienes, en medio del dolor, siguen confiando y sembrando esperanza.

Quienes...

Todas estas personas, hacen visible el Evangelio. En ellas, la sal no pierde su sabor y la luz no se apaga.

Este Evangelio nos impulsa a revisar nuestra vida cotidiana y a preguntarnos si estamos siendo verdaderamente sal y luz en medio del mundo, allí donde Dios nos ha puesto.

¿En qué situaciones concretas de mi vida puedo ser hoy sal que da sabor y luz que ilumina?

¿Qué actitudes, miedos o comodidades están apagando mi luz o debilitando mi fe?

¿Mis obras ayudan a otros a descubrir el amor de Dios o buscan solo reconocimiento personal?

Marisa del Campo
marisa@dabar.es

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. Estamos ante el corazón espiritual del Trito-Isaías, la culminación ética de la revelación del profeta. Estamos en el periodo persa, en torno al siglo V a. C. El pueblo ha regresado del exilio en Babilonia. El Templo está reconstruido (515 a. C.), pero la esperanza de una restauración gloriosa al estilo davídico se ha desvanecido. La comunidad es pequeña, pobre y pasa por realidades económicas y sociales un tanto incómodas. En este contexto, surge la crisis del formalismo religioso. El ayuno (cfr. Jl 2, 12) se ha convertido en un rito vacío, observado pero alejado de la justicia social. El pueblo se queja ante Dios (Is 58, 3a) y Dios contesta a través del profeta denunciando un rito y un culto que sólo alimenta el ego y destruye al prójimo (Is 58, 3b-4).

Texto. El profeta no condena el ayuno en sí, sino que lo redefine. El verdadero ayuno no es la mera abstinencia de comida, sino una abstinencia del egoísmo. La esencia del culto ritual se traslada al ámbito ético. No habla de sentimientos piadosos, sino de acciones materiales y sociales costosas: compartir el sustento básico y abrir nuestro espacio personal para restaurar la dignidad. No nos pide que no nos desentendamos sólo de los nuestros, sino de todo el género humano, especialmente del vulnerable, es un acto de solidaridad fundamental de la humanidad. Ignorar al necesitado es ignorar nuestra propia humanidad (58, 7).

La teología de la retribución no se abandona, sólo se purifica y profundiza. Las promesas de luz, curación, justicia y respuesta divina no son un pago mecánico, sino una consecuencia orgánica de la vida de la Alianza (58, 8-9a).

El profeta insiste, la caridad no es solo asistencia, sino también la liberación de la opresión estructural. Apartar el yugo implica rechazar la explotación económica y social. Rechazar también la violencia verbal, la calumnia, la difamación que destruyen la reputación y la vida comunitaria. La verdadera religión abarca lo económico, lo social, lo interpersonal. Quien emerge en las tinieblas de la necesidad ajena, no para quedare en ellas, sino para llevar la luz de la compasión y la justicia, se convierte en fuente de luz. Su propia oscuridad existencial se transforma en brillante claridad deslumbrante del mediodía. Es la paradoja evangélica: el que pierde su vida, la gana.

Pretexto. Para nosotros, Jesús es la encarnación de este oráculo, su vida fue un partir el pan hasta el extremo. En el juicio final de Mateo (25) se identifica sacramentalmente con el hambriento, el desnudo, el forastero, el enfermo, el prisionero... Él es la luz del mundo (Jn 8, 12) que brilla porque se ha hecho solidario con nuestras tinieblas. La Iglesia está llamada a ser la comunidad donde el ayuno se hace vida. Isaías nos previene contra todas las desviaciones: el espiritualismo y el activismo. La

auténtica caridad nace de la relación con Dios y conduce a Él ("que comiencen siempre en Ti como en su fuente y tiendan siempre a Ti como a su fin"). Este texto fundamenta toda la Doctrina Social de la Iglesia, en una sociedad que vive del espectáculo y la eficiencia, lo religioso se reduce al ámbito privado y al ritualismo vacío o al mero acto social, Isaías es un antídoto. En una sociedad que dice proporcionarnos un Estado del Bienestar, pero nos desatiende, la verdadera caridad es la única opción viable. La fe no se juega en la perfección de sus ritos, sino en la capacidad de los fieles de partir el pan y apartar los yugos. El verdadero secreto de la felicidad y de la vida con Dios está no en la auto-preservación, sino en la auto-donación.

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

Parece que estas palabras de Pablo están dirigidas contra el partido de Apolo. No quiere anunciar el evangelio ni con elocuencia ni con sabiduría, como lo hacía Apolo. Su fracaso en Atenas, donde quiso hablar como los filósofos griegos, le llevó, seguramente, a predicar el evangelio en Corinto sin retórica, tal como era con todo su poder escandalizador.

Comienza hablando de forma personal: "Yo mismo…". Ha llegado a Corinto para anunciar "el testimonio de Dios". La resurrección es el testimonio del Padre a favor de Cristo. Pero lo va a hacer sin alarde de elocuencia o sabiduría, no porque no pueda dominar la retórica, sino por decisión personal, para que el evangelio estuviera a la altura de sus contenidos: había que hablar de Jesucristo crucificado. El conocimiento del que Pablo habla y el que quiere transmitir es el de Cristo crucificado. Este es el misterio de Dios que Pablo anunció al llegar a Corinto.

La predicación de Pablo no fue con "sabios y persuasivos discursos". No quiso que su mensaje siguiera las leyes de la retórica y renunció a que su discurso mostrara una grandeza externa con gran capacidad para persuadir. El mensaje caló en muchos corintios y los llevó a la fe. Tuvo éxito, pero esto se debió "al poder del Espíritu", no a la elocuencia retórica ni a los razonamientos filosóficos. El Espíritu se manifestó en los corintios con toda su potencia.

Con esto, se podría decir que en el origen de esa comunidad está el Espíritu. El mismo Pablo considera que su persuasión en el anuncio del evangelio que él hizo a los corintios tiene como base la manifestación del poder del Espíritu.

Termina Pablo en la misma línea anterior (1,26-31): la fe se funda no en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios. El lector de la carta tiene que recordar el recorrido que ha llevado hasta aquí: la sabiduría humana es necedad y es ineficaz para la salvación. Pero con el mensaje de la cruz ocurre lo contrario, ya que este contiene la fuerza de Dios. La demostración de que Pablo tiene razón es que los corintios se han convertido a través de su predicación demostrando que la fe no es lo que los hombres dan por válido sino la fuerza de Dios a través de la debilidad de la cruz.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

El sermón de la montaña es un discurso que ha influido en los mensajes de Gandhi o Luther King. Las últimas investigaciones parecen identificar esa montaña con el Eremos entre Cafarnaúm y Tabgha. El monte siempre ha sido un lugar especial para la revelación divina, sería fácil, incluso, hablar de las correspondencias entre Jesús y Moisés en el Sinaí, aunque Jesús no dé una nueva ley, sino que lleve a pleno cumplimiento la primera. La postura sedente de Jesús denota la función

magisterial. Recordemos que los discípulos que cita son los cuatro que llamó en 4, 18-22 y algunos otros que comenzaban a creer en él. No sabemos si el objetivo del discurso sería captar seguidores de su mensaje, puesto que parece un discurso dirigido a seguidores en el que también hay cierta invitación al seguimiento dirigida a la multitud.

A renglón seguido de las bienaventuranzas nos encontramos con dos metáforas dirigidas a los discípulos y recoge el cómo va a influir en el mundo la vida del reino en que se están introduciendo. En el texto de hoy, la metáfora no es extraña al mundo antiguo ya Plinio en Historia Natural dice que no hay nada más útil que la sal y la luz solar.

Texto

En el mundo de la Antigüedad, la sal tenía una serie cualidades y usos naturales. Era tan importante que se utilizaba como moneda por todo el Mediterráneo, el Egeo y el Adriático. Así podemos entender la metáfora como la influencia de los discípulos contra la decadencia moral del mundo por su función conservante; o bien, lo más común hoy, los discípulos serán el aderezo o condimento por el que Dios enriquece el mundo, por su función alimentaria; también, por su uso como fertilizante (en pequeñas cantidades), los discípulos intensificarían el crecimiento de la obra de Dios en este mundo; por último, también se usa en un sentido amplio para aludir a una necesidad vital para la vida cotidiana (Eclo 39, 26), dando a entender la importancia de los discípulos para la vida religiosa, así Jesús estaría diciendo que los discípulos son necesarios para el bienestar del mundo por haber entrado en contacto con el reino y poder hacerlo presente.

Más difícil resulta el v. 13, especialmente si tenemos en cuenta que la sal no puede perder su salinidad, ya que el cloruro sódico es un compuesto estable, solo por disolución, por calor o porque esté contaminada con algún otro compuesto como el yeso. Pero hay un dicho proverbial de un rabino (Josué ben Haninia) del s. I a. C. que se refería a la imposibilidad de que la sal pierda su sabor, se haría así referencia proverbial a las imposibilidades, los discípulos nunca perderán esa cualidad. Los verdaderos discípulos no pueden perder su condición porque ya son nuevas criaturas del reino, sin embargo, los impostores no han experimentado ese verdadero cambio personal, los impostores nunca pueden recuperar su sabor, porque nunca lo han tenido. Así, la respuesta ante ellos solo puede ser el rechazo y el juicio por parte de aquellos para los que su vida debería tener valor. No aportan nada al mundo porque no son distintos de él.

La metáfora de la luz del mundo va un paso más allá de la de la sal. La luz es un tema importante en la Escritura por la eliminación de la oscuridad. El contraste luz-oscuridad es una metáfora del bien y el mal metafísicos. El propio Jesús se denomina luz del mundo (cfr. Jn 8, 12; 9, 5) venido para alumbrar a todos (Jn 1, 4-14) para que no andemos en tinieblas (Jn 12, 46). Su vida trae la luz a quienes están en la oscuridad (Mt 4, 15-16) y sus discípulos, siguiendo esta función son la demostración de la llegada del reino, ellos también son esa luz (Mt 5, 14-16; cfr. Ef 5, 8; Fil 2, 15). La ciudad a la que Jesús se refiere, puede ser Jerusalén, sobre el monte Sión, que se consideraba la luz del mundo (Is 2, 5-6; 42, 6; 49, 6), resulta imposible esconder una ciudad en lo alto de una colina. Las lámparas eran pequeñas y alumbraban espacios modestos, por ello para aprovechar su luz se ponían en el candelero.

Pretexto

Solo el discípulo confeso puede hacer un verdadero discernimiento para examinar cuál es su naturaleza y darse cuenta si ha sido o no transformado por la vida del reino de Dios. Los discípulos son la luz, por eso, no pueden esconderse, su vida es testimonio vivo para aquellos que todavía no tienen esa luz. Sus obras han de ser fruto de la luz y la vida que proceden de Dios, no de ellos mismos, sino de Dios, a diferencia de los líderes religiosos (cfr. Mt 6, 1). ¿Cuál es mi naturaleza? ¿Mis obras proceden de Dios? ¿Muestro a Dios o a mí mismo?

Enrique Abad
enrique@dabar.es

Notas
para la Homilía

"La sal de lo concreto y la luz de lo débil"

Si tuviéramos que definir nuestra fe... ¿Qué podríamos decir? ¿Qué sabor nos quedaría, sabría... a rutina? ¿A costumbre?... ¿O tendría el sabor intenso y distintivo del Evangelio? Y nuestra propia vida ¿qué luz proyecta? ¿Una luz tenue de buena persona o un faro que señala a Cristo?

Hoy Jesús nos lanza dos imágenes que, si las pensamos, son un poco violentas. Porque la sal, si no sala, se tira y se pisa. Y la luz, si se esconde, no sirve absolutamente para nada. No nos dice: "Ojalá fuerais..." o "Intentad ser..." Nos dice: "Vosotros sois". Es un hecho. Por el bautismo, somos sal y luz. Y lo inquietante es que podemos dejar serlo, no por desaparecer, sino por volvernos insípidos o por escondernos.

Nos volvemos insípidos cuando nuestra fe se separa de la vida. Cuando al venir a misa, permanecemos con una escafandra que no moja nuestra semana. Ahí es donde entra la primera lectura, la de Isaías, sería como la hoja de análisis de la salinidad. Dios, por boca del profeta, nos dice cómo se mide, si nuestra sal aún sala: ¿Partes el pan con el hambriento? ¿Acoges al sintecho? ¿Vistes al desnudo? ¿Te cierras a tu propia carne? Debemos buscar la coherencia entre el altar y la calle, entre lo que se nos propone en las lecturas y nuestra forma de vida. La fe sin obras de justicia y misericordia se vuelve insípida, pierde su credibilidad. Es sal sosa.

¿Y cuándo escondemos la luz? Cuando nos da miedo o vergüenza ser distintos, cuando queremos pasar desapercibidos en un mundo que, a menudo, va en otra dirección. Pero Pablo, en la segunda lectura, nos da la clave para no apagarnos: "No me fijé en persuadir con palabras sabias, sino en mostrar el Espíritu y su poder". Menudo descanso, al menos para mí, no hace falta ser el más sabio, ni el más listo, ni el más elocuente, ni siquiera el más perfecto. Nuestra luz no tiene que ser un foco que ciegue con nuestras capacidades. Es la luz prestada de Cristo crucificado. Es la luz humilde que brilla cuando dejamos de actuar nosotros para confiar en Él. Cuando perdonamos desde la debilidad, cuando servimos desde la sencillez, cuando damos testimonio con nuestra paz en medio de un conflicto... ahí nuestra luz brilla de verdad, porque se trasparenta en nosotros el poder de Dios, no el nuestro.

La propuesta de Jesús hoy, como siempre, es revolucionaria: nos pide que hagamos cosas de sal y de luz. Nos pide que seamos sal y luz. Que nuestra propia identidad sea transformadora. Y cobra especial importancia en este día de la Campaña contra el hambre en el mundo, porque está en nuestras manos, cambiar ese mundo.

Porque ser sal es dar sabor a la vida de los demás con nuestra alegría, nuestra esperanza, nuestra escucha. Ser sal es también dar sed, sed de Dios, que, al vernos, otros quieran saber como nosotros.

Ser luz es iluminar las tinieblas de la indiferencia con gestos de atención, las tinieblas de la mentira con nuestra honestidad, las tinieblas de la desesperanza con nuestra confianza en Dios. Y ser luz es, sobre todo, señalar la fuente, para que vean que nuestras obras no proceden de nosotros, sino de Dios; que esas buenas obras sólo son para dar gloria a Dios y llevar a quienes podamos hacia Él; porque nosotros no somos el foco, solo una lámpara y la electricidad es Él.

En un mundo insípido y oscuro, la Iglesia no es un supermercado de consuelo espiritual. Es una fábrica de sal y una central eléctrica de luz. Tú eres imprescindible. Tu familia, tu trabajo, tu grupo de amigos necesita sabor cristiano, necesita tu luz.

No permitas que tu sal se apelmace o pierda fuerza. No pongas tu luz el cajón de la vergüenza o la pereza. Deja que sea Cristo, quien te restriegue para que lleves su sabor, y te encienda para que ilumines.

Luis Sancho
dabar@dabar.es

«Alumbre así vuestra luz a los hombres...» (Mt 5, 16)

Para reflexionar

Debemos plantearnos si buscamos tener nuestro propio brillo o si queremos dirigir la mirada de los demás hacia Dios. No debemos ser focos que deslumbran y atraen la atención hacia ellos, sino que debemos ser como un faro. El faro nos e mira a sí mismo, su luz sirve para guiar, para orientar el camino. Nuestra luz cristiana tiene que ser pública, no podemos quedarnos en un sentimiento privado. Nuestra fe tiene una dimensión social, que nos obliga a salir de nosotros mismos y nos saca del anonimato espiritual. La luz se hace visible a través de obras concretas (como nos ha enseñado Isaías en la 1ª lectura). la fe sin obras es como una bombilla fundida. Y las obras tienen que ser el resplandor de la luz interior. No somos meros influencers de nosotros mismos, debemos ser señaladores de Dios, nuestra misión es llevar al Padre.

¿Delante de quiénes brilla tu luz? ¿Solo en la parroquia o también "delante" de tus compañeros de trabajo, de tus vecinos, en redes sociales? ¿Qué cosas de nuestra vida cotidiana (gestos, palabras, actitudes) pueden considerarse "luz"?

¿Qué son "buenas obras" para ti? ¿Solo las grandes acciones caritativas o también las pequeñas fidelidades del día a día?

Cuando haces algo bueno, ¿cuál es tu tentación: que te reconozcan a ti o que la gente piense "¡Qué bueno es Dios que inspira a personas así!"?

Para la oración

Padre bueno, fuente de toda luz y sabor, Tú que nos llamas a ser sal y luz, infunde en nosotros tu Espíritu, para que, fortalecidos en nuestra debilidad y ardientes en la caridad, nuestra vida se convierta en gestos de justicia y misericordia que glorifiquen tu Nombre y atraigan a todos hasta Ti, único Salvador. PJNS.

Mira, Padre de bondad, estos dones que son la ofenda de nuestro propósito de ser sal disuelta en servicio y luz gastada en el amor. Acepta estos dones y haz que al celebrar el memorial de tu Hijo, su vida transforme nuestra pobreza en riqueza para el mundo y nuestras fragilidades en el cauce de tu poder. PJNS.

Siempre tenemos que darte gracias, Padre amoroso, por todo lo que haces por nosotros. Pero especialmente, debemos agradecerte que por la unción bautismal has querido consagrar a tu pueblo elegido con una vocación admirable, para ser signo de tu Reino. Tú has querido que los discípulos de tu Hijo sean sal de la tierra, porque Él les ha transmitido la sabiduría del Evangelio, la capacidad de preservar la humanidad en medio de la corrupción y de dar sabor a la verdadera vida. Y, Él también nos enseñó a ser luz, para poder dar testimonio de las buenas obras, para disipar las tinieblas del pecado y brillar ante los hombres, para que al ver estas obras te glorifiquen a ti, su Padre celestial. Por eso, con todos tus amigos y los que están contigo en el cielo, te cantamos...

Te damos gracias, Padre misericordioso, porque nos has alimentado con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, verdadera sal que nos sazona para la vida eterna y luz que ilumina nuestro caminar. Haz que este sacramento fortalezca a los débiles, afiance en la certeza a quienes flaqueamos y nos permita realizar las obras de amor que nos acercan a Ti. PJNS.

Cantos

Entrada: Me adelantaré (con la estrofa “Dadme, oh Dios, con la luz...”); El Señor es mi luz (1 CLN 505); Oh luz gozosa (Deiss); Venid, aclamemos al Señor (Erdozain); El Señor nos ha llamado (Mateu); El señor nos llama (Taulé).

Salmo: Sois la sal que debe dar sabor.

Aleluya: Canta aleluya al Señor.

Ofertorio: Cuando un niño con hambre pide pan (Gabarain); Tuya es mi vida (Portillo); Pan sabroso (Erdozain)

Santo: 1 CLN 1 5.

Comunión: Día de fiesta en tu altar, (Erdozain); La sal y la luz (Brotes de Olivo); Luz del mundo (Alcalde); Apóstoles, dichosos son (Erdozain).

Final: Sal y luz (Fernández); Luz y sal (Cachernilla); Este pueblo (Zezinho): Misa festiva (Mejía).

La misa de hoy

Monición de entrada

Sed bienvenidos a esta celebración. Como siempre la Palabra de Dios es directa, sin rodeos. Seguro que todos nos hemos preguntado alguna vez para qué sirve esto de ser cristiano, o qué sentido tiene nuestra fe en este mundo de hoy. Jesús hoy nos propone dos imágenes para responder a esas preguntas: tenemos que ser sal y luz. Y no lo hace como símbolos bonitos, sino que son una llamada urgente a la coherencia. La sal que no sala no sirve, la luz que se esconde es inútil. Por eso, hoy, Jesús nos dice que somos nosotros, nuestras obras, nuestra forma de vivir, los que debemos dar sabor a este mundo y alumbrar las tinieblas. No tenemos permiso para pasar desapercibidos.

Saludo

La gracia de Jesucristo, que es la Luz del mundo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos nosotros.

Acto penitencial

Reconozcamos todas esas veces que hemos apagado nuestra luz y perdido nuestro sabor.

- Por las veces que nos hemos conformado con una fe privada y cómoda, sin que transforme nuestra vida pública. Señor, ten piedad.
- Por las veces que hemos despreciado el poder de lo pequeño y sencillo, buscando solo la sabiduría y el éxito del mundo. Cristo, ten piedad.
- Por las veces que nuestras acciones no han sido luz para los que caminan a nuestro lado en la oscuridad. Señor, ten piedad.

Dios, cuya misericordia es más fuerte que nuestra tibieza, nos perdone, nos dé un sabor nuevo y nos encienda con el fuego de su Espíritu. PJNS.

Monición a la Primera lectura

Isaías nos explica qué significa ser luz de verdad. No es con grandes discursos, sino con gestos concretos de justicia y misericordia. Isaías nos facilita el manual del buen iluminador.

Salmo Responsorial (Sal 111)

El justo brilla en las tinieblas como una luz.

En las tinieblas brilla como una luz el que es justo, clemente y compasivo. Dichoso el que se apiada y presta, y administra rectamente sus asuntos.

El justo brilla en las tinieblas como una luz.

El justo jamás vacilará, su recuerdo será perpetuo. No temerá las malas noticias, su corazón está firme en el Señor.

El justo brilla en las tinieblas como una luz.

Su corazón está seguro, sin temor. Reparte limosnas a los pobres; su caridad es constante, sin falta, y alzará la frente con dignidad.

El justo brilla en las tinieblas como una luz.

Monición a la Segunda Lectura

San Pablo llegó a Corinto, una ciudad de cultura y retórica, sin palabras sabias ni discursos impresionantes. Sólo con el kerigma, sólo con Jesucristo y éste crucificado. Nos recuerda que el poder no está en nuestra elocuencia, sino en la fuerza del Espíritu que actúa a través de nuestra debilidad.

Monición a la Lectura Evangélica

Jesús toma la palabra en el Sermón del monte, justo después de las bienaventuranzas, para recordarnos que somos la sal y la luz del mundo. Es una identidad dada, no una sugerencia.

Oración de los fieles

Unidos como sal y luz del mundo, presentamos al Padre nuestras necesidades, confiando en que Él da fuerza a nuestra debilidad.

- Por la Iglesia, para que sea en el mundo signo creíble de la luz de Cristo, valiente en la denuncia de la injusticia y generosa en las obras de misericordia. Roguemos al Señor.

- Por los que gobiernan las naciones y tienen poder, para que su autoridad sea un servicio al bien común, iluminado por la verdad y la justicia especialmente en favor de los más pobres. Roguemos al Señor.

- Hoy celebramos la campaña contra el hambre en España. Por quienes pasan hambre para que encuentren en nosotros el pan que necesitan. Roguemos al Señor.

- Por todos los que sufre y están en tinieblas de dolor, soledad o desesperación, para que encuentren en nuestra comunidad una mano tendida que los alivie y una palabra de esperanza que los ilumine. Roguemos al Señor.

- Por nuestra comunidad (parroquial) y por cada uno de nosotros, para que nuestra fe no sea nunca insípida, sino que se traduzca en gestos concretos de amor y tengamos la valentía de dar razón de nuestra esperanza con humildad y alegría. Roguemos al Señor.

Padre bueno, que nos llamas a ser sal de la tierra y luz del mundo, escucha nuestra súplica y fortalécenos con tu Espíritu para ser testigos fieles de tu amor. PJNS.

Despedida

Hemos sido nombrados sal y luz, es nuestra misión. No podemos salir de aquí como entramos. Debemos llevar el sabor del Evangelio en el corazón y la antorcha de la fe bien alta. Hagamos que el mundo tenga hambre de Dios por nuestro sabor y que las tinieblas se disipen con nuestra luz.

Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

V Domingo ordinario, 8 febrero 2026, Año LII, Ciclo A

ISAIAS 58, 7-10

Así dice el Señor: «Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que ves desnudo, y no te cierres a tu propia carne. Entonces romperá tu luz como la aurora, enseguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor. Entonces clamarás al Señor, y te responderá; gritarás, y te dirá: "Aquí estoy". Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía».

I CORINTIOS 2 ,1-5

Yo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. Me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

MATEO 5, 13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una vela para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo».